



El escritor Graham Swift retratado recientemente en Barcelona. ANTONIO MORENO

LIBROS NOVEDAD

LA CENICIENTA QUE FUE AL BAILE DE LA LITERATURA

Graham Swift cuenta en su última novela, 'El Domingo de las Madres', la historia de una criada que se convierte en escritora

LAURA FERNÁNDEZ BARCELONA El año es 1924, el año en que murió Joseph Conrad. Joseph Conrad fue un escritor polaco que escribió en inglés porque, dice Graham Swift, uno de los miembros menos conocidos aquí del llamado *dream team* —la generación de escritores ingleses que encabezan Martin Amis, Ian McEwan y Julian Barnes—, «todo escritor debe encontrar su propio lenguaje», y ése era, claramente, el suyo. Conrad es importante para Jane, la protagonista de *El Domingo de las Madres* (Anagrama), su última novela. Cuando la historia arranca, Jane no ha leído aún a Conrad, y no es más que una criada que se siente afortunada porque el señorito de la casa se acuesta con ella a espaldas de su prometida y la llama *señora*. Pero cuando la historia termina —y antes, porque ésta es una de esas historias que avanzan y retroceden todo el tiempo, de manera que el tiempo es, en sí mismo,

una dimensión espacial, depende de la página en la que te encuentras— es escritora, por lo que, para su autor, la novela podría definirse, vulgarmente, «como una historia de éxito».

Pero es mucho más. Sobre todo, es un intento de capturar un instante de vida. El instante que cambiará para siempre la vida de Jane Fairchild, la criada huérfana, que el día 30 de marzo de 1924, el llamado Domingo de las Madres, el día en que los criados y las criadas tenían fiesta —el único— para visitar a sus madres, no tiene a nadie a quien visitar. Jane ha decidido pasar esa jornada con su amante, Paul Sheringham, el único hijo vivo de los vecinos de los Niven, la familia para la que trabaja, que está a punto de casarse y sin embargo jamás podrá olvidarla. O eso cree ella. En un momento determinado de su encuentro —de un erotismo de alto voltaje—, Jane creará

vislumbrar algo, algo poderosamente especial, y eso, lo que sea, la convertirá en escritora, sin que ella tenga manera de saberlo. Y así, la narración, que avanza en todas direcciones, la propulsará al futuro, donde se ha convertido en una famosa escritora, que ha escrito muchas novelas, pero que jamás ha contado lo que pasó en aquella habitación aquel 30 de marzo.

«La novela puede entenderse como una reivindicación de lo ganado, lo conquistado, y también una reflexión sobre la manera en que la juventud persiste dentro, cómo lucha contra los años que pasan y se mantiene, de alguna manera, en pie, dentro de nosotros», asegura el propio Swift, que ve también en la historia de Jane, la historia de aquello que podemos llegar a ser. «Es uno de los grandes misterios de la vida. La esencia que todos llevamos dentro. Me resulta fascinante comprobar cómo algunos llegan a descubrir aquello para lo que parecen estar hechos y lo llevan hasta sus últimas consecuencias, se realizan, y otros, no, porque simplemente ni siquiera saben qué es», apostilla el narrador, para quien la ficción cumple precisamente el papel de *extractor*. «Creo que uno de los papeles de la ficción es intentar ayudarnos a sacar eso que llevamos dentro, darle voz a esa vida oculta», añade el autor de la celebrada *El país del agua*.

Lo curioso de esta historia, además de que es la más breve que ha escrito jamás, es que le surgió sin más. «De repente tenía esa escena en la que dos amantes se encuentran y supe desde el principio que el suyo era un encuentro secreto, y a partir de ahí pensé que

ella era un criada, y ya vino todo lo demás», explica. Escribirla fue también algo hipnótico, y a la vez, un ejercicio de una velocidad inusitada para él. Y pese a ello, asegura que, de entre todas sus novelas, cree que es la que más cerca está de «captar lo que significa estar vivo». «A todos los escritores nos gustaría extender la mano, abrir el puño y mostrar al lector aquello que queremos decirle con nuestras novelas. Bien. En esta tengo la sensación de que lo he conseguido, de alguna manera», asegura el escritor, que se cruza de brazos, se descruza, y no sonríe nunca, y tampoco mira a los ojos. Se muestra tímido, esquivo.

«No creo que escribir sea sólo cuestión de palabras. Las palabras son aquello que utilizamos para expresar algo. Lo que importa es lo que decimos. La manera en que lo decimos es lo que puede llegar a hacerte vibrar, el arte. Pero la cuestión siempre es llevar al lector de A a B a través de la página, que es el conducto a través del que el lector se desliza hacia otro mundo», expone. A continuación insiste en la juventud, los 22 años, de su protagonista, en el momento clave, el momento en el que su vida cambia, y en cómo el lector la ve, durante toda la novela, con esa edad, pese a que ella va envejeciendo. «La joven que fue está siempre presente, porque ese día está siempre presente en ella», dice el escritor, y añade: «ese día es a la vez un día de su vida y la contiene por completo». Y concluye asegurando que Jane «es una Cenicienta que acaba llegando al baile de la literatura, el único al que quería ir».